



García Maffla es aún más metafísico que Giovanni Quessep. Los dos hacen una poesía correcta, fruto del mundo académico, que en este medio no incluye literaturas en otros idiomas, pero sí los clásicos españoles y ciertos poetas de corte abstracto como Salinas o Guillén (no Cernuda, ni Huidobro, ni Vallejo) que le gusta a la gente, seduce a los antologistas y tiene el pequeño problema de que no dice nada.

Otro enfoque sería posible. *La caza* no sería la iniciación de un épico sino un capítulo más en el sonoro y vasto poema que este versificador de casi inaudible voz ha venido elaborando desde que "cometió" sus primeros poemas. Una usted los poemas anteriores de García Maffla y tendrá la primera parte de la gran "Caza". Tomo al azar dos, *Fragmentos de memorias*, de 1977, y *Reclamos del bufón*, de 1981, y yuxtapongo unas estrofas:

*La vida imaginada
Con sus perdidos sueños,
Invitan mis recuerdos
A su estación gozosa.
Mi obligación ha sido aparecer
Como el más obsequioso y
limpio
pero no soy así, no soy
como han querido ustedes que
sea el mundo,
porque llego a mi lecho a
desahogarme,
a olvidarme de que ustedes
existen...*

Así, pues, tenemos *La caza I*, *La caza II* y quedamos a la espera de *La caza III*.

NICOLÁS SUESCÚN

Pionero rajado

La poesía política y social
en Colombia

Antología, introducción y notas
de Gonzalo España

El Áncora Editores. Bogotá, 1984

El principal mérito de este libro es que se trata del primer intento de realizar una antología temática de estas materias. Por lo menos, modernamente, no conozco ninguna tentativa de recopilar un muestreo antológico de poemas sociales y de poemas políticos escritos por colombianos. Se trata, pues, de un mérito grande eso de colocar la primera baza en un campo que puede ser fructífero, quizás más en la investigación de nuestra historia social, aún en pañales, que como fuente renovadora de nuestra historia política.

Ser pionero, he aquí su, acaso, único mérito. Porque el resultado final no es satisfactorio ni por valor estético de la poesía antologada ni por el aporte que haga en la documentación de fuentes para la historia política y social.

Un primer desequilibrio consiste precisamente en la preponderancia del tema político sobre el tema social. Si el autor anuncia en el prólogo que "encontramos aquí retratadas diversas etapas históricas, sus conflictos y caracteres, la estampa de los pueblos, el perfil de sus conductores, las ideas que alentaron las contiendas, el devenir de los cambios", la lectura de los versos incluidos revela que lo de "estampa de los pueblos" casi desaparece ante los conflictos y las ideas. Desde el costumbrismo, que produjo algunos excelentes cuadros de costumbres versificados, pasando por algunas descripciones de carácter social de poetas posteriores, la poesía colombiana es fuente abundante para estudiar la vida social y "el devenir de los cambios". Pero esta antología, salvo unos pocos versos, hace mucho más énfasis en lo político que en lo social. Un buen ejemplo puede ser el caso de los poemas de Mario Rivero incluidos en este trabajo, demasiado pocos, no sólo por la alta calidad de esta poesía

sino porque textos como *Saga de los amigos* son un retrato espectral y fascinante de la vida urbana colombiana durante tres decenios.

Digamos, pues, que por cantidad, esta es una antología de nuestra poesía política. Todavía sin resolver el problema del valor literario de los poemas incluidos, vale la pena detenerse en el enfoque del antologista frente a las dimensiones de la investigación y frente a los hechos políticos en sí mismos.

Ante la tarea de realizar una antología temática, el investigador puede decidirse por una opción inicial, que le resuelve muchos problemas de documentación: escoger una lista de poetas importantes, añadirle una buena cantidad de antologías y sacar de allí los poemas del tema propuesto, en este caso la política. Al parecer, ateniéndose a las citas de pie de página, este fue el camino que tomó España. Silva y Barba Jacob, Pombo y Luis Carlos López, Mario Rivero y José Eusebio Caro son los nombres ilustres y ciertas antologías de poesías regionales —Santander, Norte de Santander—, varios parnasos y las obras de algunos poetas reconocidos como poetas políticos —Darío Samper, Jorge Zalamea, Jorge Artel, Candelario Obeso— son las fuentes que nutren la antología de España.

Un repaso de la prensa colombiana del siglo XIX, por ejemplo, nos revelará que ésta era predominantemente política —primero— y que la poesía era un medio frecuente, reiterado, constante de lucha política y de crítica social. Este repaso, acompañado del conocimiento no sólo de los principales hechos políticos sino de esas pocas ocasiones en que la poesía ha influido en la realidad política, ahondaría más en la índole de nuestra historia, quizás mostraría peculiaridades de la liza política y por lo menos, esto sí con seguridad, incluiría episodios como aquel en que el presidente Caro prohibió los recitales de Julio Flórez en el teatro Colón por temor a que la virulencia julioflorezca desatara un motín. Desconocer hechos como éste, no por aislados menos excepcionales, donde se revela el poder subversivo

de la palabra, es una omisión grave en la historia de la poesía política. Omitir a los nadaístas y su poderosa sátira de los sesenta, omitir a Castro Saavedra entre los poetas caracterizadamente políticos y sociales, desconocer el valor político de algunos apartes de la extensa obra de Juan de Castellanos.

En fin, todas estas omisiones y otras más, acaso se deban al enfoque demasiado superficial de la investigación, basada en fuentes secundarias y referida a nódulos muy concretos de nuestra historia -la independencia, el canal de Panamá, por ejemplo-, sin el conocimiento suficiente de la historia de nuestra poesía y de sus relaciones -casi íntimas durante el siglo XIX- con la política.

Quien se enfrenta a la realización de una antología temática de poemas, además de aportar documentos versificados sobre la materia -vida política-, por estar en la tarea de realizar una cosa llamada "antología" debe, además, reunir buenos poemas. Y aquí radica la principal falla del trabajo de España. Si hay poco de historia social, si no hay -realmente- una buena investigación de la poesía política, lo peor es que, salvo unos pocos textos que se cuentan con los dedos de las manos -y sobran dedos-, lo demás no tiene de poesía sino los versos partidos.

El libro es decepcionante si trata de leerse en búsqueda de buenos poemas. Se dirá que el procedimiento adoptado por España (poetas importantes más antologías regionales más parnasos más poetas sociales) garantizarían mejor la calidad literaria que el imaginario investigador que se meta a seguir paso a paso la historia política a través de las manifestaciones de los poetas y rebuscar los conflictos poesía/poder. Pero el resultado global de lo que presenta España, en términos de embriaguez del verbo, lo único que demuestra es que en las antologías también hay versos malos (por lo menos en las antologías de Santander y de Norte de Santander, y en los parnasos, y en la antología del padre Pacheco), y que nuestros grandes poetas han tenido trastabillantes momentos y

que nuestros poetas políticos son más políticos que poetas. Por supuesto, este es un juicio global; pero sobrevive la voz material de Mario Rivero, la sátira de Luis Carlos López, la tristeza de Candelario Obeso, el siempre maravilloso Silva, acaso sobrevivan otras cosas, en este arsenal de grandilocuencia y de retórica, de palabras de ancha cola hipotecadas a la causa, a cualquier causa: no hay nada más difícil que hacer poesía política; nada más difícil que darle una causa, una línea de conducta al hombre desde la demencia de verbo; de ahí que sea tan escasa la buena poesía política; pienso en Neruda, en Antonio Machado, en Miguel Hernández y, de repente, algo me dice que una antología de buena poesía política colombiana es algo imposible. En este sentido, se puede pensar que a, lo mejor, Gonzalo España hizo, en cuanto a calidad poética, lo mejor posible.

Reunió lo mejor dentro de lo posible, acaso, pero las razones que dio para justificar la calidad poética de sus materiales no parecen muy consistentes: "su belleza está en la fuerza. Parodiando los comentarios de Marx sobre la manera de escribir de Proudhon, diremos que su estilo de fuerte musculatura constituye su principal mérito. En algunos casos el poema no resuena por la musicalidad o por la cadencia sino por la potencia de su contenido".



Necesariamente aquí ha de leerse *fuerza* -un sustantivo analógico con la física- como énfasis, como elocuencia. Es posible que aquí radique la diferencia de criterio entre el antologista y el reseñista: lo que España ve como gran virtud literaria de la poesía política (a propósito, ¿la social qué?), es para mí un lastre que

se refleja también en la poesía: la oratoria, cuyas sucesivas retóricas en Colombia han sido prefiguradas, precisamente por la poesía: está por hacerse el estudio sistemático de este fenómeno contaminante de la esencial gratuidad de la poesía, mediante el cual las retóricas se van congelando en los versos y van pasando a la oratoria, a la ritualidad de la persuasión y del lucimiento parlamentario; Julio Flórez es la quintaesencia del tremendismo radical, y la estética parnasiana de Valencia se trasladará a su oratoria; Darío Samper impone un estilo parlamentario arquetípico de la república liberal; en fin, Jorge Zalamea es algo así como la estética gaitanista aplicada a los versos, y la fluidez y adjetivación de Carranza desembocan en Alberto Santofimio, su confeso admirador y antologista. Así, melancólicamente leída, la antología de la poesía política y social acaba por ser un manual de pasadas y futuras retóricas parlamentarias.

DARÍO JARAMILLO A.

La libertad imposible

Jaulas

María Elvira Bonilla

Planeta. Bogotá, 1984. 130 páginas

La parálisis, la ausencia, la negación, la caída y la nada son los hilos que estructuran la obra y los barrotes que se cierran alrededor de la protagonista. Kristal Ventura, pájaro y caracol, pertenece a la larga serie de figuras literarias que tratan de recuperar su memoria, su pasado y su vida desde una anclada situación presente.

Un nombre, un tiempo y una acción abren el texto: Kristal Ventura, diez años y escribir, tres elementos que son el germen de esta novela corta, dura y veloz. La situación narrativa (el proceso mediante el cual el mundo ficticio está mediatizado a través del narrador) parte de esta protagonista paralizada, que después de diez años logra su primera actividad no refleja: escribir su nombre. Y una identidad negada surge